

Lo inimaginable

De la era de la pandemia a la guerra de las vacunas: evolución de una revuelta previsible

1 de abril de 2021

Franco "Bifo" Berardi

...Para preservarse, el más enfermo de los animales enfermos, el hombre, se ve obligado a inhibir las fuerzas vitales que presionan en su interior, a reprimir los impulsos que le mueven naturalmente...

Roberto Esposito, Inmunitas. Protección y negación de la vida

Vax Wars La guerra de las vacunas

Cuando el virus se extendió rápidamente por el planeta, lo confundimos con un enemigo común invisible y nos sentimos por un breve momento como hermanos. "Todo va a salir bien", escribieron los niños en carteles. Significa: la humanidad asociada sólo puede ganar la batalla contra el mal. ¿No ha sido siempre así?

En realidad, no siempre ha sido así, sino todo lo contrario. Pero podíamos y queríamos creerlo, porque estábamos librando otra batalla contra la naturaleza, que intentaba exterminarnos. Toda la historia de la humanidad ha sido una sucesión de batallas contra la naturaleza: de esas batallas nacieron la tecnología, la medicina, la civilización social. Entonces la naturaleza comenzó su contraataque, no por odio hacia nosotros sino por ciega necesidad. Olas oceánicas anómalas, bosques en llamas, glaciares a la deriva y, finalmente, el virus.

Al principio nos sentimos unidos como un cuerpo amenazado. Entonces intervino la tecnología, una determinación no simbólica del lenguaje que se inserta directamente en la vida, y produjo la fórmula químico-algorítmica de una vacuna, que no es realmente una vacuna sino una prótesis mutagénica insertada en el sistema inmunológico. Luego, en pocos meses, llegó la producción de viales, sueros, envases, en fin, toda la cadena industrial que hace posible la protección y la inmunidad.

Hemos entrado así en la segunda fase de la Era Viral, y la disposición de los humanos hacia los humanos ha cambiado: ya no están unidos para sufrir los embates de la naturaleza, sino que se alinean en la competencia por el poder sobre la técnica de las vacunas.

El régimen de escasez de defensas vitales restablece la condición de guerra, suspendida mientras estábamos unidos por la indefensión. Así, la vacuna de la reprogramación se convierte en el terreno en el que se redefinen los juegos simbólicos de la economía, la geopolítica y la guerra.

La inmunidad también se convierte en una mercancía. Producto del trabajo técnico-científico de virólogos, biólogos e ingenieros, objeto de apropiación empresarial que lo somete a la dominación del beneficio, la inmunidad establece la nueva frontera de la esclavitud humana.

Cuando el vencido se arrodilla ante el vencedor y pide que se le perdone la vida a él y a sus hijos, en ese momento el vencido se convierte en esclavo, y sus hijos se convierten en esclavos con él. La vida, sólo la vida, no importa la vida.

Esclavo es aquel al que se le ha concedido la supervivencia. Esclavo es la humanidad que surge entre la disciplina del distanciamiento y la guerra de la inmunidad. El autómata cognitivo, que se va constituyendo conexión tras conexión, necesitaba nuestra sumisión ilimitada, y la experiencia que todos los seres humanos estamos viviendo a partir del año 2020 es precisamente la de la sumisión ilimitada de los vencidos que se arrodillan ante el autómata con la jeringuilla, y exigen que el autómata les perdone la vida, nada más que la vida, no importa la vida.

A partir de este momento se acaba la historia de la especie que fue humana, comienza la historia de la manada, la sumisión al poder superior de la reprogramación inmunológica que elige quién merece sobrevivir como esclavo y quién merece ser desechado.

No se pretende que nadie rechace la salvación que viene del autómata. No se pretende que nadie prefiera la muerte a la sumisión.

La fase genocida del capitalismo

El 13 de marzo de 2021, la Organización Mundial del Comercio (la famosa OMC contra la que lucharon los insurgentes de Seattle en noviembre de 1999) tomó la palabra: En respuesta a la petición de liberar la producción de la pseudovacuna del señorío de la patente, que provenía de Sudáfrica, India y el director de la Organización Mundial de la Salud (OMS), los guardianes del orden de los mercados han dictaminado que por ningún motivo se puede suspender la aplicación del tratado sobre los llamados derechos de propiedad intelectual, aunque exista el riesgo de que mueran millones de personas por no haber suficientes vacunas disponibles.

La fábula que cuentan los economistas neoliberales es la siguiente: sin beneficios en la innovación científica no habría vacunas. El beneficio es la remuneración del riesgo. Esto es una doble mentira. En primer lugar, las grandes corporaciones farmacéuticas no han arriesgado nada porque fueron financiadas por los estados para producir la vacuna lo antes posible, por lo que obtuvieron su beneficio por adelantado; ahora se llevan una segunda, ilegítima. Además, no es en absoluto cierto que la creatividad científica se ralentice y languidezca si los accionistas de Big Pharma no obtienen beneficios. Se trata de un paralogismo barato (por así decirlo, el dinero en juego es de miles de millones). La creatividad científica que produce la vacuna y todas las demás cosas buenas de la tecnología no tiene nada

que ver con los accionistas de las empresas. Son una panda de ignorantes que no saben nada de biología ni de virología ni de ingeniería: lo único que han estudiado es economía, que no tiene nada que ver con la ciencia. La vacuna fue construida por trabajadores cognitivos, como cualquier otro milagro de la tecnología con el que los capitalistas ignorantes se hacen bellos y sobre todo ricos.

En el segundo año de la Era Pandémica entramos en la fase de la Guerra de las Vacunas: es la guerra de todos contra todos para clavar una aguja en la piel: la humanidad desciende entonces al escalón más bajo, el sucio carnaval del cinismo terminal. Los angloamericanos y los israelíes han sido los más rápidos, los europeos han sido engañados, han pagado por adelantado pero Big Pharma no les envía los frascos de vacunas porque hay alguien que paga más. Un Estado nacional contra otro, una categoría profesional contra otra, ancianos contra trabajadores y, sobre todo, países ricos contra países pobres.

¿Cuántos morirán por culpa de la avaricia propietaria protegida por el Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC)? Tal vez sólo unos pocos millones, porque los pobres son jóvenes, y los viejos blancos ricos tienen la precedencia en la infame carrera por salvarse. La Organización Mundial del Comercio ha zanjado el asunto: ni siquiera ante la muerte se puede suspender la lógica del beneficio.

En L'Express del 12 de febrero de 2021, en un artículo titulado "Pour ou contre: faut-il libérer les licences des vaccines?", Najat Vallaud-Belkacem afirma que "entre 1998 y 2004, 9,3 millones de personas murieron de sida en el África subsahariana debido al coste exorbitante del tratamiento". A partir de ahora sepamos: el capitalismo ha entrado en la Era Genocida, y Covid-19 es sólo el comienzo.

Vuelven los veinte años

La revista Bloomberg Businessweek nos promete que por fin llegan los locos años veinte. En un artículo publicado el 26 de enero de 2021, Peter Coy predice la alegría y la prosperidad a partir de 2024. Tras señalar que históricamente tras las epidemias se produce un despertar eufórico, se detiene especialmente en los años 20 del siglo pasado, un periodo de auge económico y difusión popular de las tecnologías tras la Guerra Mundial y la pandemia "española", cuando todo el mundo bailaba el charlestón y el foxtrot.

No tengo por qué estropear las futuras celebraciones, ojo, pero me gustaría recordarle a Peter Coy que aunque los años 20 fueron prósperos para algunos (no para los trabajadores alemanes obligados a pagar las reparaciones de guerra, ni para los Trabajadores Industriales del Mundo masacrados por los agentes de Pinkerton), el final fue poco brillante: el crack del 29, la Gran Depresión americana y, para colmo, el nazismo y la guerra.

Aparte de eso, dos o tres detalles no insignificantes hacen que el escenario de nuestro tiempo sea algo diferente al de El Gran Gatsby.

La primera diferencia es el tamaño de la población mundial, que ha pasado de mil quinientos millones a casi ocho mil millones. El segundo es el envejecimiento medio de la población en el hemisferio norte. La tercera diferencia fundamental es que la expansión de la economía encuentra hoy un límite insuperable en el agotamiento de los recursos, en la irreversibilidad de la degradación del medio ambiente y en el agotamiento de las energías nerviosas, mientras que en los años 20 la expansión industrial estaba en pleno desarrollo.

Sin embargo, el 10 de marzo de 2021, el propio Peter Coy parece habérselo pensado mejor: en la misma revista advierte que el efecto social de la pandemia es una acentuación devastadora de la desigualdad. En el artículo "El legado del año perdido será una desigualdad devastadora", escribe:

Es probable que el daño acumulado en el futuro sea incluso mayor que el causado por Covid en su primer año. La sociedad parece ser un paciente de larga duración, como ciertos pacientes con problemas de salud persistentes. Y los más desfavorecidos serán los que más sufran... Pero las desigualdades internas son pequeñas comparadas con la creciente brecha entre países. El año pasado, los expertos en salud publicaron un plan de distribución equitativa de vacunas para dar prioridad a la prevención de la muerte, especialmente la prematura. Pero el plan fue ignorado, ya que las naciones más ricas se apresuraron a hacerse con los suministros.

Silencio

La desintegración del vínculo social va acompañada de la integración del autómatas cognitivo global. La pandemia ha ampliado enormemente el espacio de lo digital en la vida social: parálisis de los cuerpos distanciados, sometimiento de la mente interconectada. Una parte cada vez más decisiva de la supervivencia depende de la conexión.

Mientras tanto, se avecina una guerra de nuevo tipo. Desde marzo de 2020, un agente encubierto (probablemente ruso, pero quién sabe) ha estado llevando a cabo una operación de hacking muy sofisticada penetrando en el software Orion de la empresa texana SolarWinds. Durante al menos seis meses se infiltraron 18.000 sitios estadounidenses: la mayoría de ellos son organismos administrativos, industriales y militares. Según Steven J. Vaughan-Nichols SolarWinds: "Es Pearl Harbor"; otro artículo lo resume así:

El ciberataque a SolarWinds parece ser el más fuerte que ha sufrido Estados Unidos, y afectó a sistemas críticos de agencias gubernamentales y empresas privadas. El alcance de estas interferencias, que también podrían afectar a centrales nucleares, hidroeléctricas, sistemas de control del tráfico y del ciclo industrial, aún no está claro. [...] La capacidad de controlar estos sistemas permite al atacante causar estragos en cualquier momento. Además, estos ciberataques a los sistemas gubernamentales pueden eliminar la capacidad de mando, control y comunicación...

Ahora el nuevo presidente estadounidense amenaza con tomar represalias contra este ataque, y se están produciendo grandes maniobras en las mazmorras del ciberespacio: sin duda podemos prever que en los próximos años la infraestructura digital será cada vez más el escenario de incursiones invasivas o destructivas. La consecuencia de la guerra que se prepara es el apagón de los servicios informáticos al que nos hemos sometido hasta el punto de que la vida se ha vuelto imposible sin ellos. La víctima de la guerra será la vida cotidiana, cada vez más dependiente de un sistema interconectado que se ha convertido en el principal campo de batalla. Lo único que podremos hacer en ese momento será sentarnos en nuestras butacas y leer *Silencio*, la esbelta última novela de Don de Lillo publicada por Einaudi, que nos cuenta exactamente cómo acaba cuando una silenciosa bomba informática golpea el funcionamiento del autómatas conectivo global, paralizándolo y paralizando la vida cotidiana.

Una revuelta previsible

El Fondo Monetario Internacional ha publicado un informe escrito por Philip Barrett y Sophia Chen titulado *Repercusiones sociales de las pandemias*, en el que predice que en la primavera de 2022 el mundo estará atravesado por conflictos de todo tipo: protestas, disturbios, insurrecciones. Pero el FMI no parece preocupado por esta eventualidad. Desde hace algún tiempo, las revueltas parecen cada vez más incapaces de encontrar una dirección concreta, una unidad de propósito, un proyecto, una estrategia. Son tan predecibles como las lluvias de otoño, como las convulsiones de un cuerpo largamente comprimido, de un cerebro que ya no puede recibir el oxígeno que necesita para ser consciente y, por tanto, imprevisible.

Las revueltas árabes de 2011, los levantamientos del otoño de 2019 fueron enormes convulsiones cuyo principal efecto fue añadir frustración a la frustración. La pandemia distanció los cuerpos y enfrió el alma. Ahora la revuelta es el único lenguaje que poseemos para reactivar el cuerpo adormecido. Pero si no somos capaces de inventar un después de la revuelta, entonces después de la revuelta sólo hay autismo, inmunización psíquica. El proceso de inmunización, de hecho, no sólo involucra al organismo físico, sino que también tiende a investir la esfera psíquica: la inmunización psíquica es la reducción o eliminación de la percepción empática de la vida que nos rodea: el autismo tendencial de quienes han experimentado la revuelta como derrota, de quienes temen enamorarse por miedo a la decepción, de quienes renuncian al deseo porque el placer parece inalcanzable.

La revuelta llegará, incluso el Fondo Monetario lo sabe, pero hay que decepcionarla. Tendremos que profundizar mucho más de lo que el Fondo puede imaginar. Debemos imaginar lo inimaginable y experimentarlo.

Traducido por DeepL Translate

Franco "Bifo" Berardi es escritor, filósofo y agitador cultural. Su *Futurability* fue lanzado en 2018 por NERO.